

ESPERAR EN TIEMPOS DE DESCONFIANZA

Carlos Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

En lo más profundo de la vida de cada hombre siempre hay como una ilusión no alcanzada, un deseo no cumplido. Una especie de vacío que aguarda el momento, no se sabe cuando, en que podrá colmarse. Es el querer vivir sin sobresaltos ni angustias, gozando de una paz interior y de una paz social que nunca llega a ser perfecta, continuada, sin fisuras ni temores. Aspiración a tener claridad en las ideas, sabiendo el origen y hacia donde nos dirigimos, qué pasos son los que hay que dar y qué caminos los que seguir. Sueños de una comunidad humana sin egoísmos, desconfianzas, violencias, sin ese mal inexplicable, siempre acechando y más allá de la capacidad humana de comprender. Deseos, en fin, que se van como arrastrando a lo largo de la vida y son, algunas veces, pesadas alforjas "llenas de nada".

Es que nos han hecho para tí, Señor, y andamos por este mundo como inquietos y desasosegados hasta que te encontramos a tí. Por otra parte, tú no hubieras puesto tan grandes deseos en el corazón del hombre si no estuvieras dispuesto a colmarlos. Estos pensamientos de San Agustín, pueden ser buena orientación para hablar de esperanza, particularmente en tiempos en los que la sospecha y la desconfianza parece como si se hubieran adueñado de nuestra capacidad de reconocer el sincero deseo de bien que hay en el corazón de los hombres. Habrá, eso sí, que realizar un duro trabajo, pues la escoria que dejó el resentimiento, la ignorancia, el prejuicio, los odios, el sufrir la injusticia, el orgullo y la humillación..., se ha endurecido e impide llegar a ese rescoldo que sigue vivo allí, donde quizás, nadie piensa que pueda haber fuego todavía.

Hacer ver el bien. Este es el camino para la esperanza. Pero, naturalmente, tiene que partir, al menos como hipótesis, de la posibilidad de la existencia de ese bien. Trabajo arduo el de buscar y hacer ver el bien y la bondad de las personas y de las cosas. Si el deseo es sincero, no puede renunciar a trabajo alguno para conseguir sus objetivos. El contrario, asume el compromiso de "esperar contra toda esperanza". Y tendrá que estar en vigilia permanente, como aquellas mujeres del evangelio que estaban esperando la fiesta de las bodas. Siempre con las lámparas encendidas, para poder ver. Porque si se van apagando las luces de la fe, de la fidelidad a Dios, de la confianza en la capacidad del hombre para el bien..., será muy difícil el poder caminar.

Más que si de un deseo se tratara, el hombre creyente confía en la salvación total y definitiva en el último día, prometido por Dios para el que camina en este mundo con honestidad y justicia. Esa salvación vendrá, no tanto como fruto de un esfuerzo, caso titánico por conseguirla. Será, más bien, don y regalo de Dios. Esperar en "Dios y confiar en él, no es interés de premio, sino reconocimiento de su generoso y desbordado amor.

Si quieres encontrar la esperanza, prepárate a luchar contra todos esos vendavales, que van como arrasándolo todo, sin dejar a su paso nada más que destrucción y tierra quemada. La esperanza necesita el coraje –no sé si decir también la inteligencia– de saber ir contra corriente, no con obstinación y cabezonería, sino para no dejarse llevar del derrotismo, del abatimiento, de la inanición y el desconsuelo.

Pero no se trata de luchar contra esos gigantes o molinos que disfrazó la miopía o la pereza, sino de apostar decididamente por un camino de esperanza. ¿Qué puertas debemos abrir para adentrarnos en un futuro de esperanza? ¿Cómo podremos dar un testimonio sincero y convincente de nuestra esperanza cristiana?

Bajo el signo de la sospecha

Se palpa, en el ambiente social, una opinión y creencia de sospecha generalizada. Todo se pone como en duda. Se coloca en tela de juicio la palabra de los hombres, la credibilidad de la doctrina, las intenciones de las personas, la vigencia de las normas, la autenticidad de los comportamientos, la validez de las instrucciones, la existencia de Dios...

Es verdad que no son pocos los indicios que conducen a la sospecha: falta de lealtad a las ideas y de coherencia con los principios, confusión entre lo cierto y lo opinable, ausencia de ética, inestabilidad institucional, laxismo moral, violencia y extorsión, imperio de la ley del más fuerte,

insolidaridad, afán desmesurado de tener y poseer, corrupción, irreligiosidad...

Si intentamos ver la otra cara de la moneda, parece que nos resulta como más difícil el ir mostrando los signos que indican la presencia del bien. La dificultad proviene de esa misma razón de sospecha y duda generalizada de la que hablábamos antes. Sin embargo, no hace falta esforzarse mucho para ver esa multitud de gentes que se esfuerzan en la vida social, en la familia, en la Iglesia, por vivir en coherencia con sus principios y con su fe, sirviendo y ayudando sincera y generosamente a los demás.

La Providencia, como presencia de Dios en la historia de los hombres, actúa incansablemente en todos los tiempos. Eso sí, será necesario un esfuerzo de sinceridad y buen deseo para saber ver y discernir los signos de esa presencia de Dios. Este es un buen camino para la esperanza.

Qué es la esperanza.

¿Qué es la esperanza? Se habla de un estado de ánimo producido por la valoración que se hace de los acontecimientos. Lo favorable para los propios intereses llevaría a la esperanza. Lo contrario, a un estado de desconfianza, de frustración, de abatimiento.

No es esta descripción emocional lo que nos interesa, sino la esperanza que se relaciona con nuestra fe cristiana y que no puede tener otra fuente que la que nos ofrece la revelación. En la Biblia, Dios hace unas promesas. Los hombres reciben esa palabra de Dios y se comprometen a ser fieles a lo que Dios quiere de ellos. Hay, por tanto, una alianza entre el ofrecimiento de Dios y la respuesta del hombre. A Abrahán se le promete tierra y descendencia, pero él tendrá que dejar su casa y ponerse en camino. El pueblo gozará de la protección de Dios, pero convertirá el corazón a su único Señor y practicará la justicia y la misericordia. Es en la perspectiva de la fe desde donde se comprende y se valora la esperanza. Es vivir la fe, caminar "con Dios al lado". Una vivencia personal como respuesta a lo que se ha conocido y oído a Dios.

La fe va iluminando al creyente y la respuesta no puede ser otra que una vida llena de esperanza. Así es la *esperanza evangélica*: vivir en la seguridad de que todas las promesas de Dios serán cumplidas. Que ha comenzado el reino de Dios y que se debe trabajar para llegar al final. Se alcanzarán los frutos de todas las promesas, pero es en la historia donde se ve preparando ese reinado definitivo del Señor. Aquí está la razón de nuestros compromisos temporales como ayuda a la esperanza. Por una

parte sabemos que solo, más allá de todo, se realizará en plenitud lo que se nos ha prometido. Por otro lado, la vida de fe, con los trabajos y fatigas de cada día, va haciendo cercana esa presencia de Dios en todo lo creado.

No puede pensarse en la esperanza prescindiendo de Dios, dejando al hombre a la deriva de su propia suerte, sin convencimientos que apoyen su vida en una realidad trascendente. La Providencia marca el camino y actúa con la gracia del Espíritu. El hombre acepta libremente y coopera, con los talentos que ha recibido, en la edificación del reinado de Dios.

Todos resucitaremos en Cristo. Este es nuestro gran convencimiento. *Parusía*, que es manifestación y comienzo de un día sin final. Esa *parusía* ha comenzado y todo tiene que hacerse nuevo en Cristo, renovarlo todo en él. Este es el contenido de la esperanza. Cristo es la culminación de todas las cosas. Cristo es nuestra esperanza.

Falsas esperanzas

Las grandes utopías y los proyectos más ambiciosos se han derrumbado, causando no pocas desilusiones y pesimismo. Muchas personas en ellos confiaban. Pusieron, como estandarte y bandera, una ideología para la mente y una mística para la militancia de la revolución. Pero ni la utopía, ni la idea, ni la revolución habían podido mantener la esperanza de los hombres.

Y se puso en el pedestal al que llegaban todas las miradas, al dios del progreso. Ídolo con su culto y sus exigentes mandatos de olvidar cualquier realización de otro tiempo. Nada debemos al pasado. El culto que se tributa a ese dios es un incienso irrespirable que arremete contra cualquier norma ética. Todo vale, si todo es progreso. El ídolo y señuelo del pretendido y equívoco progreso se convierte en vana garantía de esperanza.

Tampoco es nuestra esperanza la de un iluminismo ético, donde la rectitud racional de la idea es el único y exclusivo apoyo de la esperanza, con exclusión de cualquier referencia a lo trascendente. Del siglo de las luces se pasó al de las grandes realizaciones técnicas. Producto, por otra parte, de los resultados de serias investigaciones científicas. La ciencia y la técnica ayudaron al hombre a conocer mejor su mundo y a servirse de lo que tenía alrededor y procurar una vida de mayor calidad. No es ésta nuestra esperanza, la de la ciencia y la de la técnica, y póngase aquí el apoyo de la economía, de la política, de la sociología... Son, ciertamente, buenos y necesarios instrumentos en los que hay que aplicarse para que el hombre, los hombres de todos los pueblos, puedan vivir mejor. Pero ésta es una esperanza incompleta.

El hombre tiene capacidad en sí mismo para encontrar todo aquello que necesita para su felicidad humana, puede decir un falso optimismo. Esta declaración es presuntuosa, y tan lejos de nuestra esperanza, como la del absurdo del derrotismo y del gusto por la nada. Tan falso es decir que todo lo puede el hombre, como asegurar que es incapaz de nada. Son dogmatismos universalistas e irreales.

La esperanza no es una especie de energía oculta en la inmanencia de la creación y de la historia, a la que hay que liberar. Unos tratan de llegar a ese filón escondido, con la magia y la adivinación; otros con un extraño culto de ritos y sortilegios. Los más creídos y esnobistas, con sincretismos pseudoreligiosos teñidos de orientalismo.

Cada época ha tenido sus "mesías" particulares. Ofrecimiento de salvación, casi siempre temporal. Junto a ellos caminaban con frecuencia los milenarismos de unos tiempos nuevos, tan inminentes como amenazantes.

Cristo es nuestra esperanza.

Sólido y bien fundado está el cimiento de nuestra esperanza: es Jesucristo. El hijo de Dios, encarnado en las purísimas entrañas de María, muerto y resucitado. Jesucristo es el fundamento y centro de referencia para la esperanza. En él vivimos, nos movemos y existimos. Cristo ayer, hoy y siempre. Presente, pasado y futuro de nuestra fe, de cuanto creemos y podemos esperar. Cristo es nuestra esperanza.

La palabra viva de Dios es la fuente donde bebemos y con la que aprendemos a discernir la verdadera esperanza. Con el Espíritu que nos ha dado, la humanidad entera recibe ese maravilloso impulso de la gracia por el que todo se piensa y se reconduce según el querer de Dios.

La esperanza es inseparable del misterio de Dios. Presente su palabra y sus promesas, su fidelidad y su misericordia. La esperanza es don y gracia. Regalo que recibe el hombre en el bautismo, en los sacramentos. Vivimos gracias a la esperanza que se nos ha dado, podría decir San Pablo.

Dios, al que hemos conocido y vivimos en Jesucristo, es raíz y fundamento de la esperanza. Él es la esperanza. Ahora bien, Dios ha querido, darnos motivos de esperanza en las mediaciones humanas. Asumir el mundo en el que vivimos, no significa que lo endioseemos, ni tampoco absolutizar de tal manera lo terreno que haya como un sustitucionismo del valor de la esperanza. La familia, el trabajo, la cultura, el progreso técnico y científico, el desarrollo... Todo ello es responsabilidad y apoyo subsidiario y en subordinación al fundamento radical de nuestra esperanza cristiana, que no es otro que el mismo de Dios manifestado en Jesucristo.

Caminos hacia la esperanza.

En el mundo y en la historia de los hombres. Aquí es donde nos ha puesto el Señor y este es el tiempo y el espacio donde actúa la Providencia. Esas realidades terrenas que debemos aceptar, no como mal que sufrir y aguantar, sino como ciudad que levantar cada día, con la gracia de Dios y el esfuerzo de los hombres.

Esperamos un cielo, una tierra, una ciudad completamente nuevos, según se nos ha prometido, y que tendrán su realización más allá de la historia de este mundo. Pero, mientras esperamos esa realización futura, no podemos desentendernos de lo que tenemos alrededor. Esperar en el más allá, no sólo no nos exime de trabajar con ahínco para fructificar la tierra que Dios ha puesto en nuestras manos, sino que nos obliga y compromete mucho más. No puede esperar aquel que no acepta vivir ya, aquí y ahora, las responsabilidades que impone la esperanza.

La esperanza cristiana no es una especie de forcejeo entre Jacob y el ángel, como en el relato bíblico. No existe competición alguna. Hay unas esperanzas terrenas auténticas y que son el fruto del trabajo del hombre, de su inteligencia, de sus conquistas técnicas y sociales. En esa esperanza, la fe no pone obstáculo alguno, sino una nueva dimensión, que es la Providencia en la historia y el sentido trascendente de las acciones de los hombres.

Todo lo creado es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios, dirá San Pablo. Dios ha querido poner la creación en nuestras manos. Empezaremos ese maravilloso trabajo de hacer una especie de *metaecología*, es decir superar un ecologismo sin Dios. Cuidar con esmero la creación, pero avanzando siempre al encuentro con el Creador. Una verdadera ecología moral que ha de tener como primer objetivo la lucha incansable contra el mal en todas sus formas y efectos, convencidos de que nunca se puede combatir la injusticia con injusticia; la guerra, con la violencia; la libertad, con la extorsión. Nuestro camino es otro. Solamente con toda la fuerza del bien, de la justicia, del reconocimiento de los derechos que a cada cual le asisten, del diálogo, del perdón, de la misericordia, de la paz..., podemos tener confianza en una auténtica victoria sobre el mal.

Cualquier atisbo de bien, ha de ser como veta por la cual nos adentremos en ese filón, siempre inagotable, de las posibilidades del hombre para poder haber obras de bien. Pero nuestro horizonte, aún terreno, es más alto. Ni es suficiente una actitud negativa de no cooperación con el mal, ni la lucha puede reducirse a ir contra lo que resulta injusto. Hay que avanzar más. Salir con entusiasmo a buscar, a construir, a consolidar cuanto de verdadero, noble, justo y digno de estima hemos recibido. La

lista es interminable. Son esas infinitas posibilidades que Dios ha puesto en el hombre y en su capacidad de amar. Señalemos algunos: familia, trabajo, inteligencia, ayuda recíproca, progreso científico y técnico, logros sociales, mayor sentido de solidaridad, posibilidad de diálogo y de entendimiento...

Se podrá alegar que, detrás de cada uno de estos temas, hay como una cara y reverso negativo de familias rotas, falta de empleo, egoísmos, agnosticismo... Pero si reconocemos que es esta otra cara de la moneda, estamos, cuando menos, admitiendo la posibilidad de que existe un anverso, otra realidad de bien por la que debemos trabajar con ánimo esforzado.

Necesitaremos audacia y coraje. Los que nos da la humildad. No como simple reconocimiento de nuestras posibilidades y limitaciones humanas, sino en el convencimiento de que la bondad y la asistencia de Dios está siempre más allá de cualquier barrera que pueda poner la debilidad o la malicia del hombre. Dios es lo más grande, ésta es la verdadera proclamación de la humildad. Maravilloso *magnificat* al Señor que cuida de su pueblo.

Esta permanente actitud de verdadero y positivo coraje en busca del bien, va a contrastar con un ambiente posiblemente hostil a la rectitud moral, a la práctica religiosa. El hombre de esperanza tendrá que estar muy atento para no dejarse encadenar por las amenazas del miedo, la crítica, el desprecio, la envidia, las presiones sociales... La esperanza requiere una continua disposición para buscar el bien. No cerrando los ojos a lo que se tiene alrededor, sino superando esas mismas barreras, en el convencimiento de que, más allá, de cualquier oscuridad, hay luces que se pueden y se deben encender.

El hombre de esperanza tendrá que estar muy atento para saber elegir bien los valores que orienten y dirijan su vida. Pues es posible que caiga en la trampa del mesianismo temporal, poniendo toda la fuerza de la eficacia en los resultados que puede dar la cooperación, la solidaridad, la promoción humana, el equilibrio social, la ecología, el pacifismo... Son valores claramente estimables, pero parciales. Adjetivos que, tal vez, no tienen nombre en el que apoyarse. También pueden quedarse en banderas que cuelgan de los mástiles partidistas. Nuestra esperanza busca, como valor y camino, la reconciliación de todo en Cristo. Solidaridad, cooperación, paz, cuidado de la naturaleza..., pero unidos a Cristo y con los criterios que hemos aprendido en el Evangelio.

Este evangelio de Jesucristo es el que ayudará a saber cuales son las verdaderas seguridades para nuestra esperanza. Están claramente formuladas en el camino de las bienaventuranzas. Trabajar por la justicia, la paz, la misericordia... Y hacerlo con actitud de sencillez y pobreza, con sacrificio

y superación personal, lejos de cualquier atisbo de egoísmo.

Los caminos de la esperanza no son siempre fáciles. Pueden existir momentos particularmente difíciles en los que todo parece llamar a la falsa prudencia de la desconfianza. Para Dios no hay nada imposible, le dice el mensajero de Dios a la Virgen María. Y ella responde: aquí está la esclava del Señor y que todo se realice conforme a su voluntad y palabra. Desde aquel momento, María es ya, y para siempre, la Madre de nuestra esperanza.

María madre de nuestra esperanza

Desde aquel día bendito de la Encarnación del Verbo en el purísimo cuerpo de María, son tan incesantes, como sentidas y gozosas, las alabanzas a María. En el misterio de la encarnación del hijo de Dios se abre la puerta de la reconciliación, pues al asumir el Verbo de Dios nuestra naturaleza humana, todos los hombres quedamos unidos en el mismo amor a Jesucristo. Todo ha sido reconciliado en Cristo. Dios envió a su Hijo, nacido de mujer. Era el tiempo de Dios. El momento en que se unía lo divino y lo humano. Los días en que Dios se metía en la historia del hombre y tomaba carne de nuestra carne en las entrañas purísimas de la bienaventurada Virgen María.

En virtud y con la fuerza de esta íntima alianza, entre el Verbo de Dios y la naturaleza de los hombres, ya nada de lo que atañe a la vida, a la voluntad de Dios, puede ser ajeno a la existencia del hombre. Y nada de lo que pasa en nuestra vida puede ser indiferente a los ojos y al amor de Dios que nos ha bendecido en la persona de Cristo con todas las bendiciones. La naturaleza humana ha quedado engrandecida con la encarnación del Hijo de Dios en ella. María, la mujer bendita y elegida, es la señal y el argumento, la prueba y la razón del amor de Dios que se manifiesta en la presencia de Cristo en el mundo. Si por un hombre llegó el pecado y la muerte, por Cristo, el hijo de María, ha llegado la salvación.

Junto a Cristo, siempre María. Dios la puso en nuestro camino. Para ser madre de Dios fue elegida. Si amor filial le tenemos, es porque Cristo como madre nos la entregó en el Calvario. Si embelesados contemplamos su espiritual hermosura, es porque deseamos humildemente imitar sus virtudes. No es, pues, nuestra devoción vana credulidad, ni sentimentalismo, ni palabras fáciles, ni literatura hermosa en torno a María. Es la fe en el misterio de la maternidad divina de María, "por la que somos conducidos a reconocer la excelencia de la madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra madre y la imitación de sus virtudes", dice el Concilio.

Dios se hizo hombre en las entrañas purísimas de María. Y el hombre, por este maravilloso misterio de la Encarnación, quedó unido a la preciosa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. María es la señal y recordatorio de que la vida está guiada siempre por Dios. Que Dios es el origen. Que en Dios vivimos y existimos. Él nos ha dado como garantía de esa esperanza. Una señal de salvación, como un signo que conduce a Jesucristo. En las fuentes de nuestra fe hemos aprendido que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también los llamó; y a los que llamó, a éstos también los justificó; a los que justificó, éstos también los glorificó.

María Santísima es esa mujer predestinada y elegida, glorificada y honrada por Dios como no lo fuera criatura alguna.

María escuchó la palabra de Dios y la guardó con fidelidad. Y al aceptar esa palabra con limpio corazón, mereció concebirla en su seno virginal, por obra y gracia del Espíritu Santo. Y dio a luz al que es Autor y Señor de todas las cosas. Por Ella se derramó sobre el mundo la luz eterna, que es Jesucristo. Ella, al pie de cruz, tomó como hijos a todos los hombres que habían sido redimidos con la sangre de su Hijo. Ella acompaña a la Iglesia peregrina y protege los pasos de quienes caminan por este mundo hacia la casa de Dios.

No es un sentimiento ocasional lo que nos mueve en este honra y memoria a María. Es el misterio del amor de Dios que hemos ido leyendo en las páginas de la Sagrada Escritura, en el magisterio de la Iglesia y en las señales que, a lo largo de los siglos, la vida de la Iglesia nos ha ido enseñando. Dios ha elegido a esta bendita mujer, María, para ser la Madre del Verbo de Dios. Es la previsión del Padre que prepara "digna morada" para su Hijo. Y preserva a María de todo pecado. Era el amor del Hijo que, en admirable mérito, redime a su madre con el primer acto de amor de su sacrificio. Era la acción del Espíritu Santo que llena a María de gracias y de bendiciones.

Todos estos dogmas y verdades que reconocemos en María, no son simple discurso de una doctrina que guardar, sino proclamación gozosa de todas las gracias y maravillas que Dios hizo en favor de la bienaventurada Virgen María. Es a Dios al que adoramos, honrando a la mujer que tanta bendición recibió de su Señor. Cristo ha sido el primero en recorrer nuestro camino. Él resucitó de entre los muertos como primicias de los que murieron y por Él vendrá la resurrección y la glorificación de todos. Me llamarán

bienaventurada todas las generaciones, profetizó María. Y su propia fe en Dios es la que hace posible tanta alabanza.

Por la unión con su hijo Jesucristo, la Iglesia reconoce y venera a María como madre de Dios y Virgen Santa. Por haber sido elegida y colmada de la gracia de Dios desde el primer momento de su vida y para ser madre del Redentor del pecado, el Pueblo de Dios la venera como Inmaculada. Por su participación en el misterio pascual, de muerte y resurrección, la comunidad de los llamados por el bautismo a formar el Cuerpo de Cristo la contempla asunta al cielo y coronada en la gloria de Dios.

• • • • •

Esperar en tiempos de desesperanza, es decir: dar razón de la esperanza que se nos ha dado. Es la misma recomendación que San Pedro tiene que dar a aquellos primeros cristianos dispersos, perseguidos y desalentados. Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza. Con dignidad. Sin violencia. Que más vale sufrir por hacer el bien que disfrutar haciendo el mal.

"Alegres en la esperanza, fuertes en la tribulación, perseverantes en la plegaria, solícitos en la caridad, dispuestos a la hospitalidad" (Rm 12, 11-13). La esperanza tiene buenos acompañantes. Una solicitud activa, por la caridad y una actitud de perseverancia en la oración. Nuestro tiempo es el tiempo de Dios. Los hombres ponemos la desconfianza, Dios la fortaleza y la esperanza.

Ha pasado el tiempo, son cuatro siglos de esperanza en la Hermandad de la Virgen Macarena. Pero el tiempo se pierde en la eternidad del amor de Dios que, en María Santísima, nos ha dado una señal tan luminosa y querida para la esperanza.